

gratitud á Escipion, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo también muerto á su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y depouiendo á sus jefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no había muerto; hallábase por el contrario restablecido ya á aquella sazón; y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército: mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo también la vecindad de Indibil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofrece que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y por satisfacer á la disciplina militar castiga un corto número de los sublevados.

Indibil y Mandonio, noticiosos de esta novedad, repasan el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza, demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y después de reprenderles y afearlos su perfidia, les otorga el perdón, y les deja sus armas y sus estados, condenándolos solo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas.

Si artera y fingida fué la sumision, no fué menos política la indulgencia. Pero conveniale á Escipion dejar allí restablecida la paz, bien que fuese aparente, porque le urgía arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Habia vuelto de Africa Masinisa con un refuerzo de caballos nómadas, como para socorrer á los suyos, pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con los romanos. Escipion se había también acercado á Cádiz, y entonces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que había de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Pero Magon mismo ya no pensaba en defenderla. El senado cartaginés había resuelto al fin abandonar la España y con aquellas tropas tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió orden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó también. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus nómadas en Cádiz. Tomó rumbo hácia Cartagena, y acercóse á la antigua metrópoli por si podía sorprenderla, pero rechazado vigorosamente por la guarnicion romana, dió la vuelta hácia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya, y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entonces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron estos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luego como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habían apoderado de Cádiz, y con un acto de traicion le hicieron la última despedida (205).

Hizose de allí Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, ó por lo menos sin hallar la misma resistencia, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Quedaron, pues, los cartagineses expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia, y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

(1) Liv. lib. XXVIII, caps. 18 y 19.

CAPÍTULO VI

Caída de Cartago

Campañas de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de este.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á Africa.—Pérdida estratagema que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago. Acude.—Entrevistas de Anibal y Escipion.—Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Aunque los sucesos que vamos á referir en este capítulo acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, influyeron grandemente en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los mas famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habían inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos mas poderosas y mas enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que enseñoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Dejamos á Anibal invernando en Capua despues del memorable triunfo de Cannas. Se ha hecho un cargo á aquel ilustre guerrero de no haber marchado directamente sobre Roma, pero acaso en nada anduvo mas prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado también los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*: puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. Lo peor que tuvo Anibal contra sí fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria: todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas: las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. De tal modo se recobró Roma del susto de Cannas, que cuando se puso en venta el terreno sobre que acampaba Anibal, se presentaron tantos compradores como si la Italia se hallara limpia de enemigos; y cuando se trató del rescate de prisioneros, Roma contestó con arrogancia, que no le hacian falta soldados que se dejaban coger vivos, y tuvo la audacia de intimar á Anibal que saliera aquella noche del territorio romano. Todo esto era propio de una república que cuando uno de sus cónsules volvía derrotado y vencido, le daba todavía las gracias por haber llenado su deber y no haber desconfiado de la salud de la patria.

Tuvieron los romanos la fortuna de apoderarse de Siracusa (2), de donde sacaron inmensas riquezas, y redujeron toda la Sicilia á simple provincia romana. Llamó entonces Roma al cónsul Marcelo, conquistador de Siracusa, para oponerle á Anibal, el vencedor de Cannas. Avanzaron los romanos contra Capua, y Marcelo tuvo la gloria de ser el primer vencedor de Anibal, el cual, despues de haber hecho prodigios de valor, hizo una maravillosa retirada hácia la Lucania.

Fué, pues, perdiendo Anibal á Capua, Tarento, y la mayor

(2) En 213. Entonces fué cuando el grande Arquímedes, absorto en sus meditaciones geométricas, sin apercibirse del tumulto de la soldadesca romana que incendiaba y saqueaba la ciudad tomada por asalto, fué muerto por un soldado. El cónsul Marcelo, que había dado orden expresa para que se respetara su casa, sintió vivamente su muerte, y queriendo repararla en lo posible, colmó á sus parientes de beneficios, y mandó erigirle una tumba en que se esculpíó una esfera inscrita en un cilindro.

parte de las plazas de la Apulia, donde luchó por espacio de tres años. No le quedaba ya mas esperanza que el ejército que su hermano Asdrúbal capitaneaba en España. Ya hemos visto cómo los Escipiones frustraban con sus triunfos en España las tentativas de Asdrúbal para pasar á Italia en ayuda y socorro de su hermano.

Al fin, cuando Anibal llevaba ya diez años combatiendo en Italia, logró Asdrúbal trasponer los Pirineos y los Alpes (208), como en el capítulo anterior dejamos referido. Envió tras él el grande Escipion una gruesa armada, con dinero, municiones y viveres, y muchos miles de guerreros españoles. Españoles eran también los soldados en quienes mas fiaban los cartagineses.

Contra Asdrúbal envió Roma al cónsul Livio Salinator al Norte, contra Anibal al cónsul Claudio Neron á la Lucania. Grande era la ansiedad del pueblo y del senado romano. Asdrúbal, digno hermano del mayor genio militar de la antigüedad, y á quien llamaba Diodoro el mas grande despues de Anibal, avanzaba hácia Ancona arrojando delante de sí al pretor Poncio, á la cabeza de cincuenta mil lusitanos y de algunos veteranos de la Galia. Reünense á Livio los españoles que enviaba Escipion. Ambos temen los resultados de una batalla decisiva: porque si triunfa Asdrúbal, sucumbe Roma; si Asdrúbal es vencido, Cartago tiene que renunciar á Italia.

Entre tanto Claudio Neron, mas afortunado en Italia que lo había sido en España (1), había logrado un triunfo sobre Anibal en la extremidad de la Lucania, cerca de Tarento. Allí le fueron enviados unos pliegos sorprendidos á un correo que á Anibal había despachado su hermano Asdrúbal, en que le revelaba todos sus planes y pensamientos de campaña.

Admiremos aquí el patriotismo de los romanos de aquella era. Aquel mismo Neron, que era enemigo mortal de Livio, olvidando sus particulares odios y atendiendo solo al bien de la república, vuela en socorro de su colega con siete mil soldados escogidos. Vuela, decimos, porque separaban cien leguas los dos campos, y bastaron siete dias á sus tropas para salvar tan enorme distancia. Tan á las calladas lo hicieron, que ni Anibal advirtió al pronto su salida, ni Asdrúbal notó su llegada. Incorporados los dos cónsules, aquellos cónsules que tanto se aborrecían, púsose Neron á las órdenes de Livio para combatir al enemigo comun. Pensamiento atrevido el de Claudio Neron, y abnegacion admirable, que le dieron á un tiempo gran reputacion de civismo y de capacidad.

Presentan al siguiente dia la batalla. Sorprendido Asdrúbal de hallar á los cónsules reunidos, sospecha si su hermano habrá muerto, ó recela por lo menos que haya sido derrotado. Bajo el influjo de estos tristes presentimientos, iguales á los que años antes había hecho él concebir en España á Cneo Escipion respecto de su hermano Publio, esquivó el combate y emprende de noche la retirada. A las pocas horas de marcha los guias le abandonan, y el ejército se fatiga en idas y venidas por las márgenes del Metauro, buscando un vado que le es imposible hallar. El retraso da lugar á la llegada de los cónsules, y Asdrúbal se ve forzado á aceptar la batalla. Rudo fué el choque entre las tropas escogidas de los romanos y la legion de España. Desbándansele á Asdrúbal los ligurios, pero nada basta á hacer cejar á los soldados españoles, que firmes en sus puestos prefieren morir á retroceder un solo palmo. Tanta bizarría no sirvió sino para inmortalizar el nombre español (2). Sucumbieron al número, y fueron degollados como el mismo Asdrúbal, que no queriendo sobrevivir á la derrota buscó la muerte, vendiendo cara su vida, en las lanzas enemigas (207).

La batalla del Metauro fué para Roma lo que para Cartago había sido la de Cannas. Costó cincuenta mil hombres á los vencidos, veinte mil á los vencedores. Puede decirse que aquel dia, en un rincón de Italia, se decidió que España sería una conquista de los romanos.

Enpañó allí Neron sus glorias con un hecho indigno de su

(1) Véase el final del cap. IV.

(2) Tito Livio, el mas interesado en acrecentar las glorias de las armas romanas, encarece y tributa mil elogios al valor de los españoles en esta como en otras batallas.

nombre. Con bárbara inhumanidad hizo cortar la cabeza de Asdrúbal; y no contento con esto, mandó trasportarla á la otra extremidad de Italia y arrojarla en el campamento de Anibal; de Anibal, que mucho tiempo antes había honrado con magníficas exequias el cadáver del cónsul Sempronio. A su vista el general cartaginés, enternecido y consternado, exclamó: «Perdiendo á Asdrúbal he perdido yo toda mi felicidad y Cartago toda su esperanza (3).» Con razon temia, pues ya no pudo Anibal hacer otra cosa que mantenerse á la defensiva, si bien todavía se sostuvo cuatro años en la Calabria contra todo el poder de Roma por la sola fuerza de su genio y del valor que supo inspirar á sus tropas.

Cuando Escipion acabó de expulsar de España á los cartagineses, pasó á Roma á dar gracias por sus triunfos á los dioses del Capitolio, con intencion al propio tiempo de preparar sus ulteriores planes sobre Cartago. Por las leyes romanas ningún ciudadano podia gozar los honores del triunfo antes de haber obtenido el consulado. Pero no necesitaba su gloria de aquella vana solemnidad. Hizo su entrada precedido de los carros en que conducia el oro y la plata que había llevado de España con muchos objetos preciosos, como muestra de la riqueza natural del país que acababa de conquistar. Vistió luego la túnica de candidato al consulado, y no tardó en ser proclamado cónsul por una mayoría no vista hasta entonces en la república. Era su gran pensamiento político llevar la guerra al Africa y destruir de una vez á Cartago. Acogió el pueblo con entusiasmo aquella grande idea; no así el senado, donde tenia muchos y envidiosos rivales, que se opusieron á aquel intento por los órganos de Fabio y de Caton. Pero al fin se adoptó el medio de darle la Sicilia con facultad de pasar á Africa, si circunstancias imperiosas así lo exigiesen. Escaso ejército le facilitó la república, pero todo lo suplió el ardor de los ciudadanos. A poco tiempo reunió Escipion en Sicilia un armamento formidable, con el cual desembarcó en Africa llenando de espanto á Cartago, que desde los tiempos de Régulo no se había visto amenazada por tan poderoso enemigo.

Contaba allí con la alianza de Masinisa y de Siphax: el primero no le faltó; pero el viejo rey nómada le había hecho defeccion pasándose otra vez á los cartagineses. Escipion determinó castigar aquella deslealtad con una perfidia, que no porque el nómada la mereciera dejó de ser indigna del romano. Mientras andaba en tratos con Siphax y le entretenia con negociaciones, invadió una noche de improviso su campamento, y poniendo fuego á las tiendas en que dormian los soldados, hizo perecer con el fuego y con la espada á cuarenta mil africanos. Quiso disfrazar la alevosía atribuyéndola á inspiracion de los dioses, y ofreció sacrificios á Vulcano: pero quedaron la historia y la posteridad para condenarla.

De todos modos Cartago se vió en la precision de llamar á su seno á Anibal, que aunque debilitado, todavía permanecia en Italia teniendo en respeto á Roma. ¡Cuán sensible debia ser al cartaginés renunciar al bello país que había recorrido por espacio de diez y seis años, y en que había ganado tantas glorias! Pero reconocia la justicia con que le reclamaba su patria, y no vaciló en volar en su socorro, no sin devastarlo todo á su tránsito y sin ejecutar sangrientas violencias. Iba pues á pelear un Anibal con otro Anibal, un Escipion con otro Escipion: el genio de Cartago con el genio de Roma. Anibal llega á Africa: los dos insignes guerreros se ven, se acercan, entablan pláticas. Bajo el pabellon de una tienda de campaña se tratan los destinos del mundo. Resultó de la entrevista el convencimiento de que una de las dos repúblicas tenia que dejar de existir, y se encomendó de nuevo la decision á la suerte de las armas.

(3) Horacio en una de sus mas bellas odas expresó la afliccion de Anibal con estas sentidas palabras:

*Cartagini jam non ego nuntios
mittam superbos: occidit occidit
spes omnis et fortuna nostri
nominis, Asdrubale interempto!*

«Ya no enviaré soberbios nuncios á Cartago: ¡se acabó, se acabó, muerto Asdrúbal, toda la esperanza, toda la fortuna de nuestro nombre!»

Dióse entonces la famosa batalla de Zama, en que por fin el genio del grande Aníbal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó humillada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos; y lo que era mas sensible, entregaba sus naves; de quinientas á seiscientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillacion y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no habia sabido impedir el desembarco de Escipion: comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habian poseído sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder habia asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipion volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo nómida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podía Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra á los soldados por cada año que habian hecho la guerra en Africa ó en España (1).

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Aníbal, que ya no volverán á figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Estas envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir, despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antíoco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores, El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en Africa una brillante victoria contra el enemigo mas terrible de la república. Hoy soy llamado á responder á los cargos de un proceso. Desde aquí voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os den jefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras distinciones se han anticipado á mis años, tambien lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasion calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antíoco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipion enseñando sus libros, aquí están: están corrientes y claras: pero no me hareis la injuria, ni os la hareis á vos mismo de exigírmelas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones péfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabia ser soldado. «Cierto, respondió Escipion, pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega á que habia tenido afición desde su mas tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «Ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos: *ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis.*» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Aníbal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Aníbal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura, é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antíoco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Aníbal ser entregado por sus propios compatriotas, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Aníbal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó

CAPITULO VII

Fisonomía de la España primitiva

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y su libertad.—Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas.—Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles.—Gobierno y organizacion política de cada uno de los pueblos invasores.—Cómo influyó cada cual en la civilizacion de España.

«Si los iberos, dijo ya Estrabon (2), hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtíberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español. Le faltó explicarla, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos régulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, cómo habian de oponer una resistencia compacta á extranjeros mas civilizados, mas disciplinados y mas astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercebir de las ocultas miras de dominacion de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, lograran establecerse sin oposicion en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fe con la política y la astucia, ni atraerse la admiracion y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto contruidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extraccion de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronsele con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuvieronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse tambien menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinacion y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traian. Mostrábanse amigos, ofrecian y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colo-

Escipion: *¿Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?—Alejandro,* respondió Aníbal.—*¿Y despues de Alejandro?—Pirro, rey de Epiro.*—*¿Y el tercero?—El tercero yo,* respondió Aníbal con arrogancia.—*¿Y qué diriais si me hubierais vencido?—Entonces,* contestó Aníbal, *me contaria yo el primero de todos.*

Como una de las condiciones de la paz con Antíoco fuese la entrega de Aníbal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó tambien importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguía, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de sesenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.

(2) Lib. III.

nias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores habia hecho menos indomables y agresivos el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que despues los habian de sojuzgar. La imaginacion de aquellos hombres ignorantes no podia alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amílcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó tambien la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominacion extranjera, capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y beliones. Nos admira lo poco que nuestros historiadores parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual, sin embargo, arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones extrañas que veremos irse prolongando por espacio de mas de veinte siglos en este suelo perpetuamente de invasiones trabajado. Amílcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Aníbal, el mas atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los oleadas, en los carpetanos y en los vacécios, pueblos que no querian dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y mas impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habian recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intencion de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ultteriores planes de dominacion y tratara de atajarlos con energía. ¿Qué fueron, y qué se propusieron Indibil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipion como *unos ladrones y capitanes de ladrones, que no iban sino á destruir, quemar y saquear los pueblos vecinos* (1); pero olvidáronse de que nos habian dejado tambien escritas las arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y ausetanos, en que expresamente declaraban que se levantaban á sacudir el yugo de los romanos, *que como los griegos y los cartagineses venian á quitarles su libertad y á imponerles con palabras dulces una servidumbre vergonzosa*. Muy fácil es á los vencedores, y mas cuando son los únicos que escriben, pintar como aventureros ó como bandidos á los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

Pero por mas avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habianlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habian captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabon señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábase poco, si les convenia, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominacion, pero con mas profunda

política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantaran, ó los ponian en la necesidad de hacerlo, para aceptar despues la guerra con todas las apariencias de justicia, ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Solo así se explica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo explicaciones aun despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así se explica la calma con que veian el sacrificio de su heroica aliada.

Distinta fué tambien su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponian gravosos tributos á los pueblos conquistados y los agobiaban con exacciones. Empleaban á los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aun mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos pozos de Aníbal, de uno de los cuales nombrado Bebelo extraian diariamente, si no hay exageracion en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada dia. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, les pedian á Roma, por no disgustar á los pueblos que acababan de conquistar: y agotado el tesoro de la república, acudían los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábase los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amílcar hace crucificar á Istolacio y á Indortes, jefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indibil, cabezas de una insurreccion contra los romanos. Aníbal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habian peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturga, y este fué impuesto por una deslealtad horrible. Mas tarde habian de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entre tanto deslumbraban y seducian con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo á pesar de tan diferente trato militaron todavia tantos españoles en las banderas de Cartago? Era mas antigua su dominacion en la parte meridional de España; españoles y cartagineses habian combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habria engendrado mas conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y extraños jefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habian de aherrar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organizacion política de los fenicios. Sábese solo que sus colonias constituian una especie de república federativa, y que unidas á la metrópoli en una dependencia mas voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (2). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo exterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyeseles la invencion de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseian conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observacion de las estrellas. Su principal ocupacion, la navegacion y el comercio de cam-

(2) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades anseáticas.

(1) Tit. Liv., lib. XXVIII, c. 16.